

MISA DEL DOMINGO 24 DEL TIEMPO ORDINARIO.

Lc. 15, 1-10. PARÁBOLAS DE LA MISERICORDIA.

Mis queridos hermanos y hermanas de la SSVP. Jesús responde a los que cuestionaban su proceder relatándoles las tres parábolas de la misericordia: la oveja perdida, la moneda extraviada y el hijo derrochón con el Padre misericordioso. En este pasaje le critican específicamente un grupo de fariseos y escribas. Lucas resalta que la misión de Jesús sobre la tierra es la de “buscar y salvar lo que estaba perdido” (Lc 19,10). Las tres parábolas van en la misma dirección. Se destaca la invitación a participar de la alegría del encuentro de algo que se daba por perdido. Además, nos invitan a la confianza en un Dios que nos busca con amor. Confiar en Dios, en su misericordia. Pero veamos un elemento más. Están parábolas trastocan la idea de Dios, la idea de pecador y la idea de justo. Por ejemplo, si comparamos la imagen de Dios en algunos pasajes del Éxodo, con el Evangelio de Lucas, descubriremos el abismo que existe entre una concepción y otra. Jesús viene a hacer evolucionar conceptos religiosos que son difíciles de desarraigar del corazón humano. Después de veintiún siglos, todavía hay grandes sectores de la humanidad que siguen o seguimos teniendo la misma dificultad a la hora de cambiar nuestro concepto de Dios. Seguimos pensándolo como el que premia y castiga de acuerdo a una justicia estricta. Cuando en Dios, su justicia es su misericordia. Y nosotros debemos acercarnos en nuestra vida concreta a los criterios divinos.

Lc 15,11-32. LA PARÁBOLA DEL PADRE MISERICORDIOSO.

En la tercera, la parábola “del Padre misericordioso”, se propone la figura de un padre que se alegra por el regreso de un **hijo** ansioso, superficial y gastador, un “perdido” (15,32) que vuelve a su casa en busca de comida. Muchos de los presentes tiene hijos y esta parábola les tocará profundamente. La actitud del **padre** es que se conmueve hasta las entrañas, lo abraza y lo besa (15,20), ordena que le den la ropa, las sandalias y el anillo que lo identifican como hijo y prepara una gran fiesta para celebrar su regreso. El **hijo mayor**, celoso observante de todos los mandatos de su padre, muestra la figura contraria. No entra a la fiesta y se niega a participar de la alegría. El hijo mayor no lo ve como hermano (“ese hijo tuyo” 15,30). Desde la ley lo condena por su proceder libertino.

Detrás del hijo mayor se descubre la figura de muchos fariseos que reprochan a Jesús por su cercanía con los pecadores y cobradores de impuestos. Para Lucas, Jesús es el misionero que se alegra con el anuncio de la salvación a los que estaban “perdidos”. Cuando Jesús se sienta a la misma mesa junto con los pecadores está mostrando la actitud de Dios misericordioso que quiere reconciliar a todos los hombres con él y los invita a formar parte de su familia. Dios se adelanta y ofrece su mesa como signo de su perdón antes de que los pecadores se lo pidan. Ante este gesto, la respuesta frecuente de los que fueron perdonados son la alegría y el amor.

Mucha gente conoce historias más o menos conocidas. A cuánta gente se le ha ido un hijo o una hija de

mala manera. Incluso, sin preocuparse por lo que sentirían sus padres. Más aún, en algunos casos el hijo solo piensa en divertirse de mala manera gastando lo que sus pobres padres ahorraron durante toda la vida.

El padre de la parábola espera pacientemente a su hijo. Espera que algo cambie. Así que corre a su encuentro, lo abraza, organiza un gran banquete. Profundicemos en la historia de la parábola.

1) El hijo rebelde y el Padre irascible que perdona (Oseas). La idea de presentar las relaciones entre Dios y el pueblo de Israel como las de un padre con su hijo se le ocurrió por vez primera, que sepamos, al profeta Oseas en el siglo VIII a.C. En uno de sus poemas presenta a Dios como un padre totalmente entregado a su hijo: le enseña a andar, lo lleva en brazos, se inclina para darle de comer. Pasando de la metáfora a la realidad, Dios lo liberó de la esclavitud de Egipto. Pero la reacción de Israel, su hijo, no es la que cabía esperar: cuanto más lo ayuda su padre, más se aleja de él; prefiere la compañía de los dioses cananeos, los baales. De acuerdo con la ley antigua judía, un hijo rebelde, que no respeta a su padre ni a su madre, debe ser juzgado y apedreado. Pero Dios intenta castigar a su hijo de otro modo: devolviéndolo a Egipto, a la esclavitud. Pero la verdad es que no puede. “¿Cómo podré dejarte, Efraín, entregarte a ti, Israel? Me da un vuelco el corazón, se me conmueven las entrañas. No ejecutaré mi condena, no te volveré a destruir, que soy Dios y no hombre, el Santo en medio de ti y no enemigo devastador” (Oseas 11,1-9).

El hijo que presenta Oseas se parece bastante al de la parábola de Lucas: los dos se alejan de su padre, aunque por motivos muy distintos: el de Oseas para practicar cultos paganos, el de Lucas para disfrutar la vida sin responsabilidades.

Mayor diferencia hay entre los padres. El de Oseas reacciona dejándose llevar por la indignación y el deseo de castigar, como le ocurriría a la mayoría de los padres. Si no lo hace es porque es padre. Y lo típico de este padre Dios es perdonar... como hacen muchos padres. Es curioso que en esta breve parábola Lucas no dice qué siente el padre cuando el hijo le comunica que ha decidido irse de casa y le pide su parte de la herencia; se la da sin poner objeción, ni siquiera le dirige un discurso lleno de buenos consejos. La gran diferencia entre Oseas y Lucas radica en el final de la historia: Oseas no dice cómo termina, aunque se supone que bien. Lucas se detiene en contar el cambio de fortuna del hijo: arruinado y malviviente, cuidando cerdos, se le ocurre una solución: volver a su padre, pedirle perdón y trabajo. No sabemos qué pasó por la mente del padre durante el tiempo que el hijo menor estuvo ausente. Lucas se centra en su reacción final: lo divisó a lo lejos, se enterneció, corrió, se le echó al cuello, lo besó. Cuando el hijo confiesa su mal comportamiento, no le impone penitencia ni le recrimina las cosas. Nota que el hijo tuvo experiencias que lo cambiaron. Incluso, parece que ni siquiera le escucha, preocupado por dar órdenes a los criados para que organicen una gran cena y una fiesta.

2) El padre con dos hijos. Cuando leemos lo que precede a la parábola, advertimos que el problema no es de Dios sino de ciertos hombres. A Dios no le cuesta perdonar, pero hay personas que no quieren que perdone. Condenan a Jesús porque se vincula amistosamente con recaudadores de impuestos y prostitutas.

Lucas saca un as de la manga y suministra una sorpresa. Introduce en la parábola un nuevo personaje que no estaba en Oseas: un hermano mayor, que nunca ha abandonado a su padre y ha sido modelo de buena conducta. Representa a los escribas y fariseos, a los “buenos”. Este hijo se dirige a su padre como ellos se dirigen a Jesús:

con insolencia, reprochándole su conducta. El padre responde con suavidad, haciéndole caer en la cuenta de que ese a quien condena es hermano suyo. “Estaba muerto y ha revivido. Estaba perdido y ha sido encontrado”.

¿Sirve de algo esta instrucción? La mayoría de los escribas y fariseos responderían: “Por mí que a este hermano le parta un rayo ¡qué pena que regreso!” más o menos es una reacción que la de la mayoría de nosotros tenemos ante las personas que no se comportan como nosotros consideramos adecuado. Y dentro de la Iglesia más. Por eso decimos como san Agustín: ¡Hay de nosotros que cometemos los mismos pecados que los fariseos! Cada cual solemos tener una lista de quien no queremos cerca, incluso de familiares.

La diferencia entre el padre y el hermano mayor es que *el hermano mayor solo se fija en la conducta* de su hermano menor: “se ha comido tu fortuna con prostitutas”. En cambio, *el padre se fija en lo profundo*: “este hermano tuyo”. Cuando Jesús come con publicanos y pecadores no los ve como personas de mala conducta, los ve como hijos de Dios y hermanos suyos. La diferencia reside en mirar desde la misericordia. Que comprende, ama y ayuda a cambiar progresivamente y en lo que se puede.

Preguntas: 1 ¿Creo que Dios es Misericordioso? 2. ¿Cómo actúo cuando veo inconductas en mi familia? 3. ¿Cómo actúo cuando veo inconductas dentro de la SSVP? 4. ¿Cómo actúo cuando veo inconductas entre los pobres?

Andrés Motto, CM.